

Esta es una pequeña muestra
del libro *Apóstoles a la ciudad*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2025 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

APÓSTOLES A LA CIUDAD

APÓSTOLES A LA CIUDAD

ROGER S. GREENWAY



LIBROS DESAFÍO™

Copyright © 2004 por Libros Desafío

Apóstoles a la ciudad: Estrategias bíblicas para la misión urbana

Título original en inglés: Apostles to the City

Autor: Roger Greenway

Publicado por Baker Book House

Grand Rapids, Michigan © 1978

Título: Apóstoles a la ciudad: Estrategias bíblicas para la misión urbana

Edición revisada y aumentada por el propio autor

Diseño de cubierta: Josué Torres

Primera edición castellana por Libros Desafío: 1996

Para las citas de la Biblia hemos recurrido a la versión Reina-Valera 1960, excepto en lugares donde se especifican otras versiones.

Sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, queda totalmente prohibida, bajo las sanciones contempladas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Publicado por

LIBROS DESAFÍO

2850 Kalamazoo Ave SE
Grand Rapids, Michigan 49560
EE.UU.

info@librosdesafio.org
www.librosdesafio.org

ISBN 1-55883-088-X

Impreso en los EE.UU

DEDICATORIA



A mis padres:

Cuyo medio siglo de ministerio cristiano
enriqueció muchas vidas en América y dio
frutos hasta puntos remotos de la tierra.

CONTENIDO



Prefacio	11
Introducción	13
Capítulo 1. Jonás: Un amanecer para la noche urbana	17
Capítulo 2. Jeremías: Cómo ser un santo en la ciudad	29
Capítulo 3. Daniel: Fe e integridad en las funciones públicas	41
Capítulo 4. Nehemías: El secreto de la renovación urbana	51
Capítulo 5. Bernabé: La formación de una iglesia misionera	61
Capítulo 6. Pablo: El estrategia urbano—su mensaje	73
Capítulo 7. Pablo: El estrategia urbano—su método	81
Notas	97



La voz de Jehova clama a la ciudad.
Miqueas 6:9a

PREFACIO



Roger Greenway estuvo entre los primeros misioneros-misionólogos que reflexionaron sistemáticamente acerca de lo que significa el fenómeno urbano para la misión en América Latina. Algunas de sus predicciones sobre el crecimiento de los evangélicos en las ciudades de nuestro dinámico continente se han cumplido mucho más allá de sus expectativas.

Lo que caracteriza los escritos de Greenway es que como misionero reflexiona sobre su propia práctica, procesa estadísticas y propone metodologías. Pero todo ello lo hace dentro de un marco bíblico y teológico. El valioso trabajo que nos ofreció en *Una estrategia urbana para ganar a América Latina* fue seguido por *Apstoles a la ciudad*, un esfuerzo por encontrar modelos bíblicos de presencia y misión en el mundo urbano. Ambos libros causaron impacto.

Me alegra saber que hay demanda para una segunda edición revisada de *Apstoles a la ciudad*. Creo que esta nueva edición aparece en un momento oportuno debido a la nueva situación misionera de América Latina. Ha habido un crecimiento numérico de los evangélicos que alcanza el nivel de una «avalancha», según dicen los obispos católicos. La escena continental es fascinante: por todas partes se ven teatros convertidos en templos, nuevas y exitosas denominaciones sin tradición histórica, candidatos presidenciales cortejando a los evangélicos, sacerdotes católicos adoptando metodologías evangélicas. El marco de este crecimiento es el de una transición penosa a nuevos sistemas económicos, una explosión de religiosidad inusitada, un confuso y peligroso vacío ideológico. Las iglesias históricas muestran no sólo

Apóstoles a la ciudad

la crisis de modelos pastorales antiguos, sino también una crisis de identidad profunda en medio de la posmodernidad.

Se siente la falta de palabras rectoras y de modelos bíblicos. Hacen falta obras escritas, no en una postura defensiva, sino más bien en actitud de búsqueda de la riqueza y belleza de la Palabra de Dios, mostrando su actualidad y pertinencia. Eso es lo que me gusta del libro de Greenway. Me complace que lo haya revisado y sé que muchos se alegrarán de tenerlo de nuevo en circulación. Felicitaciones al autor y a la casa publicadora por este acierto editorial. Quiera el Señor usarlo poderosamente.

Samuel Escobar

Lima-Filadelfia, abril de 1996

INTRODUCCIÓN



Este libro se propone usar las Sagradas Escrituras para iluminar con ellas la naturaleza y alcance de la misión urbana de la iglesia. La Biblia contiene mil cuatrocientas referencias a la ciudad, y tan sólo en los libros históricos encontramos por lo menos veinticinco ejemplos de lo que puede llamarse ministerio urbano. Dada la cantidad de antecedentes bíblicos, no es de extrañar que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento presenten ejemplos de ministerios urbanos sobresalientes que nos proveen de apreciable luz respecto a la voluntad de Dios para las ciudades. En este libro examinaré unos cuantos de estos pasajes y aplicaré sus ideas a la actual situación mundial. También he aprovechado mi experiencia en la misión urbana en Asia y América Latina, con la esperanza de que de la interacción de la enseñanza bíblica, la experiencia en el campo misionero y los desafíos contemporáneos, surjan nuevas visiones que nos ayuden a guiar nuestros pasos como apóstoles a las ciudades de hoy.

Uno de los supuestos fundamentales de este libro es que hoy se necesita urgentemente que desarrollemos un apostolado urbano bíblico. A través de la historia, Dios ha llamado a sus siervos a proclamar el evangelio a las ciudades, y esto jamás ha sido tan urgente como en el actual mundo urbanizado. El siglo veinte es testigo de que la población urbana ha crecido en una forma que nadie esperaba. Por el año 2000 algunas ciudades de América Latina tendrán más de veinte millones de habitantes. En Francia, de cada cinco franceses, uno vive en París o sus poblaciones satélites. Algunas de las ciudades más grandes del mundo se hallan en Asia, y nadie sabe realmente cuántos habitantes tienen algunas de ellas. Los Estados Unidos de Norte América representa una

situación peculiar, con una población que se mueve constantemente hacia y fuera de la ciudad, y con una cultura urbana que domina todo el país. La única conclusión podemos sacar es que hoy más que nunca es cierto que el que conquista la ciudad, conquista el mundo. Esto hace que para los cristianos sea un asunto de primerísima prioridad el desarrollar un apostolado urbano pertinente y bíblico.

El segundo supuesto de este libro es que la iglesia debe movilizarse rápidamente para hacer un impacto en la ciudad; de otra manera, será la ciudad la que domine a la iglesia. Si la ciudad moldea la iglesia, podemos asegurar de que la iglesia dejará de ser la sierva de Dios con poder redentor para la salvación de los hombres, sino que se habrá convertido en esclava del pensamiento y el estilo de vida secularizado de la sociedad urbana. En muchas formas esto ya ha ocurrido, pues vemos lo silenciosa e inerte que puede ser la iglesia precisamente en los centros de nuestra civilización en donde se toman las decisiones y se planean los acontecimientos que afectan la vida de millones. La iglesia como un todo no sabe qué decirle a la ciudad, y el creyente individual queda igualmente perplejo por la influencia que tiene el espíritu de la secularización. Por lo tanto, este libro clama por una renovación dentro de la iglesia. Renovación que es el prerequisite al apostolado urbano. Sin la renovación de la iglesia hay poca esperanza para la ciudad.

El tercer supuesto es que sólo un método «integral» de misión urbana podrá satisfacer el mandato bíblico y las necesidades de la ciudad. Por misión integral entiendo un acercamiento a la ciudad que, en *primer* lugar, en palabra y obra proclama la totalidad de Cristo, como Salvador y Señor, Redentor y Rey. La iglesia necesita el evangelio completo, es decir, debemos predicar y actuar no sólo sobre la base del significado de los acontecimientos redentores de la cruz, la resurrección y la exaltación de Cristo a la diestra de Dios, sino que debemos hacerlo en base a todas *implicaciones* que se derivan del hecho redentivo. En *segundo* lugar, la misión urbana integral se niega a dividir las necesidades humanas en segmentos nítidos (tales como el espiritual, el material, el psicológico, etc.), sino que proclama la indivisibilidad de la persona en el propósito redentor de Dios. Por consiguiente, la estrategia de la misión integral une palabra y obra, adoración y servicio, comunión y misión. Se inspira en lo que hizo Jesús, y en lo que hicieron sus discípulos después. Vinieron predicando el evangelio del reino, el cual puso ciudades enteras en conmoción.

El cuarto supuesto básico de este libro se expresa en la declaración compendiada del escritor de Hebreos: «pues aquí no tenemos una ciudad permanente, sino que buscamos la ciudad venidera» (13:14, NVI). Los grandes hombres de la fe a través de los siglos marcharon hacia la ciudad.

Su peregrinación, su lucha, su pasión constructiva, se inspiraron en la visión de una ciudad: una ciudad con buenos cimientos, con orden y justicia. Su arquitecto y constructor es Dios. Si pudiéramos escribir una continuación a Hebreos 11, añadiríamos los nombres de apóstoles, mártires, reformadores, estadistas, predicadores y misioneros que en el curso de los años se integraron la gran marcha de la fe. Al contemplar desde lejos la ciudad, enfilaron hacia ella. Tuvieron fieras batallas y sufrieron graves pérdidas. Pero nunca alcanzaron la meta ni vieron construida la ciudad, porque, al igual que sus predecesores, «Aunque todos obtuvieron un testimonio favorable mediante la fe, ninguno de ellos vio el cumplimiento de la promesa» (11:39, NVI). En nuestras discusiones acerca del apostolado urbano y del significado de la estrategia de la misión integral hoy día, debemos de recordar de que la nuestra es una peregrinación de fe y que no veremos el resultado final ni la ciudad de Dios erigida aquí por nuestro impulso. Los esfuerzos humanos, incluyendo los vigorosos esfuerzos de varones y mujeres cristianos, no pueden convertir a las ciudades de la tierra en la ciudad de Dios que todos buscamos. En el corazón de la vida ciudadana se halla entronizado el crudo individualismo del egoísmo humano, que cambia de expresión y varía de métodos según el tiempo y el lugar. En consecuencia, cada ciudad lleva en sí la semilla de su propia destrucción. Pero aun así, la peregrinación prosigue, atrayendo a hombres apasionados que comparten el sueño de los héroes inscritos en Hebreos; gente que sueña con la ciudad de Dios, con el mundo a los pies de Jesús. ¡Esta es la meta final del apostolado urbano!

Junto con los conceptos principales y prácticos para la misión urbana, en cada página he intentado entretejer un sentido de urgencia que tengo respecto a la evangelización urbana. Las ciudades del mundo necesitan apóstoles modernos, hombres y mujeres de Dios a quienes agobia la necesidad de los moradores de las ciudades. No quiero decir con esto que la obra rural carezca de importancia. Pero el mundo se va urbanizando cada vez más, con ciudades que surgen por doquier, tenemos que aprender lo que significa promover el evangelio entre la gente de las ciudades y plantar iglesias vivas en su medio, faros del reino del Señor Jesucristo. A ese propósito se dedica este libro.

Roger S. Greenway

CAPÍTULO 1



Jonás

Un amanecer para la noche urbana

Difícilmente se podrá hallar a alguien que le guste las ciudades grandes, al menos no entre el común de la gente que está obligada a vivir en ellas. «Ciudades» y «problemas» parecen ser palabras sinónimas. La desconcertante diversidad de la ciudad, la elevada tasa de delincuencia, la contaminación, la congestión, la pobreza y la mugre que la caracterizan, han creado cierto rechazo antiurbano que pone a la gente en franco antagonismo con la ciudad, al punto de despreciarla en tono farisaico. Sin embargo, todo el mundo está obligado a reconocer que es en las ciudades donde están los centros de gobierno, los impulsores del progreso, los iniciadores de nuevos estilos de vida y los centros de las comunicaciones mundiales. Las ciudades son sitios en donde cada día ocurren nuevos y electrizantes sucesos. Pero es difícil encontrar a alguien que ame la ciudad y por doquier va creciendo el prejuicio antiurbano.

Los problemas de la sobrepoblación

El número y la complejidad de los problemas urbanos están directamente ligados con el crecimiento desenfrenado de la población de las ciudades. Tomemos como ejemplo a la ciudad de México, fundada en el año 1325 por los aztecas. Cuando los españoles conquistaron México (1512 d.C.), mantuvieron la ciudad del mismo nombre como su capital. Después de que México se independizó de España, en el año 1821, la ciudad de México se convirtió en la sede del gobierno de la nueva república. Sin embargo, a pesar de su larga historia, la ciudad de México enfrenta hoy problemas que desafían toda solución.

El alcance de estos problemas es tan amplio que toca todos los aspectos de la vida urbana. Está la desbordante población, la vivienda inadecuada, el desempleo y subempleo, la contaminación ambiental por el polvo, los desechos industriales y las emisiones de los automóviles, el creciente embotellamiento del tránsito, y los problemas de la falta de agua potable. Cuando los españoles descubrieron la ciudad de México, ésta ya era una de las mayores urbes del mundo, poblada por entre trescientos mil y quinientos mil habitantes. En el año 1976 la población del área metropolitana sobrepasaba los 12 millones, en 1993 llegó a los 22 millones. ¿Cómo puede alguien esperar que los técnicos urbanísticos suministren a tanta gente vivienda adecuada, agua potable, aire puro y una vida decente?

La misma pregunta fue planteada hace algún tiempo en Brasil por Rubén Yaz da Costa, presidente del Banco Nacional de la Vivienda. En aquel entonces dijo que más del 60 por ciento de los brasileños vivía en ciudades y que para el año 1980, de cada tres habitantes, dos serían moradores urbanos. Las ciudades brasileñas están creciendo con más rapidez de lo que conviene a sus habitantes. Más de cinco millones de viviendas urbanas están clasificadas como inhabitables para los seres humanos. Sólo para mantenerse al ritmo de la demanda actual, habría que construir anualmente un promedio de medio millón de casas. En 1970 sólo un 26 por ciento de los 54 millones de los moradores urbanos de Brasil disfrutaban de agua potable, y sólo 13 millones contaban con servicio de alcantarillado. No hay modo, dijo Yaz da Costa, de que los 80 millones de habitantes urbanos que habrá en las ciudades brasileñas en 1980, tengan servicios públicos básicos como agua potable, alcantarillado y electricidad.

El problema del suministro de servicios públicos básicos que exige la vida urbana está resultando insoluble para muchas ciudades occidentales. La demanda de tales servicios ha puesto al descubierto la vulnerabilidad económica de los centros de población. La ciudad de Nueva York estuvo al borde de la quiebra en 1975. Durante todo el año se polemizó violentamente entre quienes insistían en que Nueva York debía cargar con su propia situación económica sin esperar que el gobierno federal la saque de apuros, y quienes argumentaban que la ciudad de Nueva York no era la única autora de sus problemas y que la nación en conjunto estaba obligada a salvar a la mayor de sus ciudades del descalabro económico.

La crisis económica de Nueva York se convirtió en tema político en la campaña presidencial de 1976, cuando a todos los principales candidatos se les preguntó sobre qué actitud tomarían frente a la crisis de dicha ciudad. La atención se centró en Nueva York porque lo que ocurrió allí podía suceder—y de hecho sucederá—en otras ciudades grandes. Cuando millones de personas viven apretujadas—muchas de ellas en la pobreza, sin educación y sin empleo—

prolifera el crimen, la calidad de la educación en las escuelas decae y la demanda de toda clase de servicios públicos aumenta. Al mismo tiempo, cuando más se necesita recolectar impuestos para satisfacer la demanda de servicios públicos, los contribuyentes huyen a las zonas residenciales fuera de la ciudad y los negocios se establecen en otro lugar. La ciudad termina entre la espada y la pared. Por un lado, se aumentan los impuestos, ya que mucha gente exige asistencia social, protección y educación. Por el otro, la base de los impuestos se esfuma cuando los contribuyentes y las empresas se van a otro sitio. Si bien los problemas de la ciudad de Nueva York son más grandes y más graves que los de la mayoría de las ciudades occidentales, no son únicos. Las mismas tensiones se sienten en toda ciudad grande del mundo, especialmente aquellas en las que las administraciones cívicas tratan de satisfacer las necesidades humanas mediante una variedad de programas sociales y de asistencia.

Muchos afirman que las ciudades grandes están condenadas a ir de mal en peor. La tesis se apoya aduciendo una multitud de causas. Según el Dr. Pierre de Visé, profesor de estudios urbanísticos de la Universidad de Illinois (Chicago), las ciudades se están convirtiendo en el basurero donde se arroja a los pobres. El camión de mudanzas se ha convertido en símbolo de la forma en que la clase media reacciona ante el deterioro de la ciudad. La convicción de que no hay esperanza ni renovación posible para las ciudades debilita la iniciativa de los que aún luchan por mejorarlas.

Todos pueden darse cuenta de los problemas sociales y económicos de las grandes urbes de hoy. Pero hay otro tipo de problema también, otra clase de quiebra que es la principal preocupación de los cristianos. Es la necesidad y condición espiritual de los habitantes de la ciudad. Lamentablemente hay que reconocer que el cristianismo no prospera en las ciudades modernas, y especialmente el protestantismo ha encontrado que la metrópoli es un terreno adverso para su crecimiento. Las grandes ciudades de las naciones occidentales están salpicadas de templos vacíos que se ponen a la venta a precio de ganga. Son edificios que los cristianos han abandonado para huir a los barrios «donde vive la gente decente». La obra misionera cristiana, tanto nacional como en el extranjero, no ha tenido éxito en las grandes ciudades, y la renuencia de muchos misioneros a vivir y trabajar en las ciudades grandes ha acentuado su descalabro espiritual. El prejuicio antiurbano que durante años ha caracterizado a las iglesias protestantes occidentales se refleja en las actividades y planes misioneros. Los problemas de la ciudad son tan numerosos y difíciles de resolver y hasta de soportar, que las iglesias han dirigido su atención a otra parte.

En este capítulo me propongo decir una palabra de esperanza para las ciudades condenadas. Lo haré en el contexto de la misión de Jonás a la antigua ciudad de Nínive, que era también una ciudad bajo condenación

(Nah. 3:5-7) y, sin embargo, objeto de la misericordia de Dios. La prueba de que Dios estaba interesado por Nínive está en la misión que le encomendó a Jonás, quien llegó a ser el primer apóstol a una ciudad. Jonás les predicó a los ninivitas con espíritu amargo y resentido, pero a pesar de ello Dios se valió de él. Jonás fue una «señal para los habitantes de Nínive» (Lc. 11:30, NVI), así como Jesucristo lo fue a su generación, la señal de la obra salvadora de Dios. Lo maravilloso de Nínive fue la forma y extensión del arrepentimiento de la ciudad, arrepentimiento que hizo que Jesús exclamara:

«Los ninivitas se levantarán en el día del juicio y condenarán a esta generación; porque ellos se arrepintieron al escuchar la predicación de Jonás, y aquí tienen ustedes a uno más grande que Jonás» (Lc. 11:32, NVI).

Hubo esperanza para Nínive a causa de Dios, a causa del profeta y a causa del espíritu de arrepentimiento que inundó la ciudad.

El problema que Dios veía en la ciudad

Si en los días de Nínive hubiera habido sociólogos urbanistas, jamás habrían hablado de lo que Dios consideraba que era el problema fundamental de la ciudad. Dios lamentaba la *maldad* de la urbe. Dios lo manifiesta claramente cuando le encomienda a Jonás que vaya a predicar en Nínive: «Levántate», dice, «y vé a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su *maldad* delante de mi» (Jon. 1:2, la cursiva es mía).

Nínive era una «gran ciudad». Era una metrópoli mundial y capital de un poderoso imperio. Duró en pie mil quinientos años, lo cual hace que muchas ciudades modernas parezcan advenedizas adolescentes. Nínive era famosa por su belleza, y se le consideraba como la más hermosa ciudad jamás construida desde que Caín fundó la ciudad de Enoc. En lo militar, Nínive parecía inexpugnable. Sus terraplenes externos tenían casi cien kilómetros de largo; sus murallas internas median 30 metros de altura. Carros tirados por tres caballos en formación paralela podían correr por sus almenas. Diez mil esclavos tuvieron que trabajar durante doce años para edificar el palacio del rey, y los parques y edificios públicos eran alabados en el mundo entero.

Pero la riqueza y la opulencia de Nínive provocaron la ira divina, porque habían sido obtenidas mediante la opresión, la guerra y el pillaje. Toda la vida política o económica de la ciudad estaba basada en la agresión militar, en la explotación de naciones más débiles y en el trabajo de esclavos. El profeta Nahum no ahorró calificativos para describir a esta traidora de naciones y ciudad de prostituciones (Nah. 3:4). Nínive era maestra de hechicerías y

capital del vicio. Sus obras artísticas se hallaban manchadas de obscenidades; su cultura, de ídolos; y su belleza, de violencia. Se le llamaba «ciudad sanguinaria» (Nah. 3:1), porque el botín y el pillaje la habían enriquecido.

La maldad de Nínive provocó la ira de Dios. El sabía exactamente lo que estaba pasando en la ciudad, porque le dijo Jonás que «*su maldad*», esto es, la maldad de Nínive, había subido delante de él (Jon. 1:2). El pecado de la ciudad era personal, pues lo cometían personalmente los millares de habitantes de Nínive. También era colectivo, porque la suma total de la vida, cultura y logros de Nínive tenían un sello: *maldad*. Cuando viniese el castigo, todos serían afectados. La vida ninivita estaba corrompida hasta sus mismas raíces, y la única esperanza para la ciudad consistía en un arrepentimiento tan amplio y profundo como el pecado que la mancillaba.

La misión es de Dios

Dios llamó a un solo hombre a oponerse a la ciudad monstruosa. Dios escogió a Jonás, un profeta de una pequeña aldea de tercera categoría, para poner de rodillas a la gran ciudad. La estrategia de Dios era sencilla: Jehová comisiona a Jonás, Jonás le predica a Nínive y Nínive vuelve a Dios. Lo que originó la misión fue la gran maldad de Nínive y su inminente castigo. El instrumento humano era un profeta hebreo. Pero el motivo principal era la gracia divina. Nínive habría de convertirse en un modelo que todos los profetas urbanos tienen que considerar.

Dios llama a Jonás para que vaya a la malvada Nínive, capital del decadente imperio asirio, y le anuncie el inminente juicio de Dios. El relato no dice cuánto tiempo luchó Jonás con la disyuntiva de obedecer o no el mandato de Dios. Pero al final resolvió no ir y, en lugar de marchar hacia el este rumbo a Nínive, huyó al oeste, hacia el mar Mediterráneo. En Jope se embarcó con la intención de irse a Tarsis, «lejos de la presencia de Jehová» (Jon. 1:3).

Una tempestad cambió los planes de Jonás. Los aterrorizados marineros, una tripulación en la que se mezclaban muchas nacionalidades, hicieron cuanto pudieron para salvar la embarcación. Remaron a más no poder (Jon. 1:13) y cada cual invocaba a su dios (Jon 1:5). El capitán encontró a Jonás durmiendo bajo cubierta y airado lo despertó. Cuando las suertes apuntaron a Jonás, no le quedó más que confesar su culpa (Jon. 1:7-9). Se identificó de esta manera: «Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra» (Jon. 1:9). Al oírlo, los marineros se atemorizaron, pues lo que sabían del Dios de los hebreos les indicaba que no se podía jugar con él. El fugitivo profeta de Dios era un peligro abordo (Jon. 1:10), así que habiendo hecho todo lo posible por salvar la situación, se vieron obligados a seguir el consejo del propio Jonás: lo tomaron y lo lanzaron al mar. De inmediato «el mar se aquietó

de su furor» (Jon. 1:15) y los marineros «temieron. . . a Jehová con gran temor, y ofrecieron sacrificios a Jehová, e hicieron votos» (Jon. 1:16).

Y ahora el profeta renuente estaba en camisa de once varas. «Desechado soy de delante» de Dios (Jon. 2:4), pensaba mientras se iba hundiendo. Y en el fondo del mar: «Las aguas me rodearon hasta el alma; rodeóme el abismo. El alga se enredó a mi cabeza» (Jon. 2:5). Jonás se daba por perdido, pero algo inesperado sucedió. Dios mandó «un gran pez que tragase a Jonás» (Jon. 1:17), y después de pasar tres días y tres noches en el vientre del pez, Jonás recobró el juicio. En el interior del pez su vida experimentó un despertamiento espiritual. Más tarde Jonás recordaría:

«Cuando mi alma desfallecía en mí,
me acordé de Jehová,
Y mi oración llegó hasta ti
en tu santo templo.
Los que siguen vanidades ilusorias,
Su misericordia abandonan.
Mas yo con voz de alabanza
te ofreceré sacrificios;
Pagaré lo que prometí.
La salvación es de Jehová.»

(Jon. 2:7-9, la cursiva es mía)

Cuando Jonás expresó esa nota de gratitud y sumisión, Dios le ordenó al pez, y éste «vomitó a Jonás en tierra» (Jon. 2:10). Su propia rebelión y el justo juicio de Dios hicieron que Jonás experimentara en una forma más profunda la paciencia y la gracia de Dios. «La salvación es de Jehová» llegó a ser su testimonio personal. Habiendo experimentado él mismo lo que la ciudad necesitaba oír, Jonás estaba preparado para su misión en Nínive. Ahora sería para la ciudad una «señal» tanto de la misericordia como de la ira de Dios (Lc. 11:30).

Comisionado otra vez para ir a Nínive, Jonás tomó rumbo al este. Aun antes de comenzar la predicación, Jonás sabía en su corazón lo que probablemente ocurriría. Como hijo de Israel y profeta de Dios, Jonás sabía que Dios era «clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal» (Jon. 4:2). ¿Acaso Israel no había experimentado la misericordia de Dios una y otra vez? ¿No la experimentó él mismo estando en el vientre del pez? Jonás no se sorprendió de que Dios postergará el castigo, cuando Nínive se arrepintió. Sabía cómo era Dios.

Cuando hablamos de la misión que Jonás tenía que cumplir en Nínive, hay un punto importante que debemos observar: *la iniciativa para toda esta*

empresa vino de Dios. Todo ello es un comentario sobre la exclamación de Jonás en el vientre del pez: «La salvación es de Jehová». El libro de Jonás comienza con una palabra de Dios: «Levántate y vé a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí» (Jon. 1:2). Es Dios quien también tiene la última palabra: «¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?» (Jon. 4:11). Estos dos versículos encierran un relato cuyo protagonista humano es Jonás, pero cuyo protagonista principal y divino es Dios. Es la historia acerca de Jonás, pero la iniciativa siempre viene de Dios. Es Dios quien crea las circunstancias en cada ocasión. Dios amenaza a Nínive con juicio; envía al profeta a predicar en las calles de la ciudad; impide la fuga de Jonás mediante una tempestad y lo salva por medio de un pez; en un acto de piedad y gracia, perdona a la ciudad arrepentida; hace crecer la calabaza; «prepara» el gusano; envía el viento ardiente del este; y reprende al profeta. El libro de Jonás es un relato conmovedor de Dios actuando en favor de una ciudad malvada. En otras palabras, es la misión de Dios antes que de Jonás.

La ciudad se arrepiente

La forma asombrosa en que Nínive respondió a la predicación de Jonás le agradó a Dios y pospuso la destrucción de la ciudad. La población entera se arrepintió. La Biblia no nos entrega todo el contenido del mensaje de Jonás, pero deja claro de que Dios le ordenó a Jonás que proclamara juicio: «De aquí a cuarenta días Nínive será destruida» (Jon. 3:4). Jonás no se anduvo con rodeos. No extendió una «invitación cómoda». El juicio y la destrucción eran inminentes, y el gesto más misericordioso que Jonás podía realizar era anunciarles a los ninivitas lo que vendría. El resultado fue milagroso: «Los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos» (Jon. 3:5).

La profunda reacción que Nínive tuvo a la predicación de Jonás empezó con la gente común y se extendió hasta el palacio mismo (Jon. 3:6). Al enterarse de lo que ocurría en las calles, el rey de Nínive se levantó del trono, se quitó las vestiduras reales, se cubrió de cilicio y se sentó sobre ceniza (Jon. 3:6). ¡Qué reacción más inesperada en un rey amenazado! No hubo castigo para el apóstol extranjero que había provocado en el pueblo un tremendo sentimiento de culpa; no hubo ningún decreto imperial que ordenará volver al trabajo y olvidarse de aquella locura religiosa; no se reprimió la demostración pública de vergüenza y arrepentimiento nacionales. Por el contrario, el rey redactó una proclamación y la hizo anunciar por toda la ciudad:

«Hombres y animales, bueyes y ovejas, no gusten cosa alguna; no se les dé alimento, ni beban agua; sino cúbranse de cilicio hombres y animales, y clamen a Dios fuertemente; y conviértase cada uno de su mal camino, de la rapiña que hay en sus manos. ¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá Dios, y se apartará del ardor de su ira, y no pereceremos?» (Jon. 3:7-9).

El rey reconoció que el juicio de Dios era justo y no trató de librarse mediante regateos. Ordenó un acto de arrepentimiento incondicional de toda la ciudad. Como máximo dirigente político y religioso de la ciudad, se inclinó ante el juicio de Dios. Tenía la esperanza de que Dios aún pudiera mostrar misericordia, pero la demostración de arrepentimiento que pedía no era fingida ni tampoco un intento de manipular a Dios. Según la palabra del profeta, la ciudad estaba condenada, y el rey lo creyó. Al igual que Jonás dentro del pez, la única solución para el rey y su pueblo era clamar a Dios y esperar misericordia.

Así como la solidaridad que Nínive tenía en el pecado le había acarreado el juicio de Dios, su solidaridad en el arrepentimiento fue la clave de su perdón. Dios les concedió su perdón, cuando rey y súbditos, ricos y pobres, trabajadores y administradores se unieron en un acto público de contrición y de conversión personal respecto a sus malos caminos y a la violencia con la que habían tratado a sus vecinos. Hasta los animales tuvieron que ayunar, como señal de la solidaridad que la ciudad tenía en el arrepentimiento (Jon. 3:7, 8). Claro que los animales irracionales eran incapaces de tomar decisiones morales o de «pecar» en el sentido de actuar responsablemente en cuanto a la conducta moral. Pero los animales eran indispensables para la vida de la ciudad. Sin ellos la ciudad no podía trabajar ni moverse, y para enfatizar la solidaridad de la ciudad en el arrepentimiento, se hizo participar a los animales en el ayuno público. Los mugidos de animales sedientos se mezclaban con las oraciones del pueblo, que expresaba a Dios su arrepentimiento. Por tanto, no sorprende que se vuelva a mencionar a los animales de Nínive al concluir el libro, cuando Dios habla de su piedad para con la ciudad (Jon. 4:11).

A la gente del siglo veinte le cuesta reconocer la solidaridad de la sociedad en el pecado, pues el concepto de pecado social suena extraño a nuestros oídos. Como se nos ha enseñado que el pecado es exclusivamente asunto individual, y que el arrepentimiento sólo ocurre a nivel de individuos, el arrepentimiento colectivo de Nínive nos resulta casi incomprensible. En Nínive, toda una población urbana reconoció que la maldad se había convertido en estilo de vida para ellos, y que el juicio de Dios contra el pueblo era justo. No contradijeron al profeta ni refutaron la justicia del castigo que anunciaba. No era posible apelar a un «tribunal superior». El arrepentimiento de los ninivitas fue a la vez personal y colectivo. Todo ser viviente debía apartarse del mal,

ayunar, implorar ante Dios y vestir ropa de arrepentimiento. Por supuesto que ciertos individuos y sectores de la sociedad eran más culpables que otros, pero ese no era el punto. Todos eran copartícipes, en el pecado y en el castigo. Por lo tanto, también en el arrepentimiento. Fue tanto el *modo* como el *hecho* mismo del arrepentimiento, lo que hizo a Nínive un modelo para todas las ciudades y sus moradores.

Lo que el libro de Jonás enseña sobre la misión urbana

Hay muchas enseñanzas que podemos sacar de la historia de Jonás. La *primera* tiene que ver con la forma en que concebimos a Dios mismo. Al Dios santo le preocupa mucho cuando un pueblo es impío. Nínive era una ciudad malvada, famosa en el mundo entero por las sangrientas guerras de pillaje y su opresión de pueblos indefensos. Era una ciudad pagana en todo sentido, llena de idolatría y vicio. Pero el santo Dios de Israel quería que su siervo Jonás se involucrara con esa ciudad. Lo envió a sus calles a predicar un mensaje que resultaría en arrepentimiento y en el postergamiento de juicio divino. El Dios que amaba a Israel también se interesaba por Nínive, y no le agradaba que la ciudad fuera destruida.

El Israel religioso no concebía a Dios de esta manera. Por consiguiente, a Jonás se le planteó un problema teológico cuando Dios lo envió a Nínive. Se produjo un conflicto irreconciliable entre lo que Jonás pensaba acerca de Dios y las claras implicaciones de su misión; porque Dios se dio a conocer como un Dios compasivo que tiene un interés universal en las naciones más allá de Israel. Esto era algo difícil de aceptar para Jonás y sus correligionarios.

La iglesia, el nuevo Israel de Dios, tiene un problema semejante. Se ve continuamente tentada a pensar exclusivamente en sí misma y a olvidarse del mundo perdido a su alrededor. Los pastores ministran fielmente sus rebaños, pero les cuesta ir en busca de las ovejas perdidas y descarriadas. Los teólogos desarrollan el dogma pero descuidan las misiones. Una mínima parte del presupuesto de la iglesia se dedica a la evangelización. Los credos cristianos históricos contienen magníficas declaraciones acerca de Dios y su obra. ¿Pero dónde, que no sea por implicación, plantean la naturaleza misionera de Dios y el carácter misionero de la iglesia? A la iglesia le preocupan sus asuntos internos, y en tanto se mantiene tal actitud, el síndrome de Jonás continua. Dios ve a Nínive, pero su pueblo no la ve. Y por ello el pueblo no comprende a Dios.

En *segundo* lugar, aquí se nos enseña algo respecto a la vocación profética. Como varón llamado por Dios, Jonás representaba a todos aquellos que han recibido el llamado de Dios a servirle en lugares lejanos y se les ha hecho muy difícil cumplir con su misión. Hasta donde sabemos, Jonás fue fiel a su llamado

como profeta en tanto se le permitió permanecer dentro de las fronteras de Israel. Dentro de Israel era valiente y hasta le decía al rey lo que Dios quería que el rey hiciese (2 R. 14:25). Pero cuando Dios le ordenó ir a Nínive, la malvada y gran ciudad extranjera, su valentía se esfumó, su llamado como profeta de Dios se debilitó y huyó en dirección contraria. En este sentido, Jonás representa a todos los profetas renuentes y fugitivos que han oído el llamado de Dios pero «se van a Jope» a hacer algo diferente.

En *tercer* lugar, Jonás representaba a Israel, el pueblo de Dios elegido de entre las naciones para ser objeto y canal de la gracia divina, para ser testigo de Dios entre los pueblos. Como se declara en Isaías 43:10-12, Israel debía ser una nación de testigos que declaraban el carácter único de Dios y de su salvación:

«Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí.

Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve. Yo anuncié, y salvé, e hice oír, y no hubo entre vosotros dios ajeno. Vosotros, pues, sois mis testigos, dice Jehová, que yo soy Dios.»

Israel olvidó su llamado a ser testigo de la liberación de Dios ante las naciones. La elección divina se llegó a concebir como la acción por la que Dios elige a Israel para que goce de privilegios. No se tenía como un llamado a servir y a dar testimonio. El pueblo de Israel consideraba a las naciones como un medio por el cual Dios castigaba periódicamente a su pueblo elegido, pero nunca como objeto de la gracia y el interés divinos. El mundo existía para Israel y no Israel para el mundo. Gente como los ninivitas existían para ser exterminados y no para llevarlos al arrepentimiento y a la salvación mediante la predicación. Por lo tanto, la mentalidad hebrea encontraba incongruente e incomprensible que Dios mandara que se le predique a Nínive. Pero algunas almas receptivas entendieron el mensaje y comprendieron lo que Dios quería decirles con su reprensión. A Dios le preocupaba la ciudad malvada. El corazón de Dios estaba lleno de misericordia salvadora para otras naciones más allá de Israel. A Israel le correspondía desempeñar un papel que Dios no le permitiría olvidar.

En *cuarto* lugar, el libro de Jonás también nos puede enseñar acerca de la estrategia misionera. Así como Nínive, capital de la antigua Asiria, era el punto de partida lógico para desde allí influir a la nación entera, así también las grandes urbes de nuestros días son los centros estratégicos que deben ser conquistados, si queremos que las naciones se conviertan. Si no logramos ganar las ciudades, tampoco lograremos convertir al mundo. Siendo éste el

caso, tenemos que preguntarnos por qué es que en la situación actual una proporción tan abrumadora de los recursos misioneros se dedica a evangelizar lugares remotos, chozas montañosas y rincones de la selva, mientras se descuida a las grandes ciudades. ¿Hay en Jonás una lección que seguimos ignorando?

Es en las ciudades donde se determina el destino de las naciones. Las ciudades son los centros de comunicación, del comercio, de la vida cultural y del gobierno. Tal como andan las ciudades, así andan las naciones. Si nuestra tarea es ganar a las naciones para Cristo, entonces debemos ir a las ciudades. Pero hay que confesar con tristeza que muchos de los siervos de Dios, al igual que Jonás, contemplan la ciudad a la distancia, desde un sitio seguro, sin preocuparse mucho si ella vive o muere.

Finalmente, en *quinto* lugar, Dios usa a Jonás para hablarnos acerca de la naturaleza de la misión urbana. Mucho de lo que suele llamarse «misión urbana» no comprende la razón por la que Dios envió al profeta a Nínive, es decir, no se da cuenta de que fue la *maldad* de la ciudad lo que puso en marcha la misión hacia Nínive. Las llamadas misiones urbanas de hoy tienen dos flaquezas graves. Primero, hay una preocupación casi exclusiva por los *resultados* del pecado, es decir, por la miseria humana que el pecado produce. Y segundo, hay una extensa ignorancia e indiferencia respecto a la *amplitud y profundidad* del pecado urbano.

Es trágico que los escritores marxistas describan con mayor profundidad la forma en que la maldad opera en la ciudad que la mayoría de los escritores cristianos. Es increíble que no sea la predicación cristiana, sino los escritos marxistas los que describen y condenan con mayor claridad la forma en que los prejuicios raciales, la lujuria, el mal uso del dinero y del poder están condenando a las sociedades occidentales. ¿Por qué? ¿Cómo es que la cristianidad de la clase media ha terminado conformándose con un diluido y cómodo concepto del pecado, mientras que los escritores no cristianos sondean las profundidades de la maldad de la sociedad? La mayoría de los cristianos de la clase media han reducido el mal maldad social a las señales externas de conducta antisocial que sacuden o amenazan a la clase media. Pero las formas más sutiles de pecado—el racismo profundamente arraigado; la violencia corporativa de una sociedad manipulada por los ricos y poderosos, que esclaviza y oprime a sectores enteros de la familia humana—son pasados por alto con indiferencia. En vista de esto, no es de extrañar que nuestro «éxito» en la evangelización consista únicamente en conversiones de individuos, que a menudo son gente «marginada» y sin importancia en la sociedad, mientras que los grandes ninivitas de nuestro tiempo continúan en su maldad, sin profeta de Dios que se los desafíe.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *Apóstoles a la ciudad*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2025 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!